

«Mártires, sí, pero creemos y enseñamos que solo Dios puede ser el «objeto del culto de latria; así es que el sacrificio, acto esencial de dicho culto, no lo ofrecemos ni á los Mártires, ni á los Santos, ni á los Ángeles, y si alguno de nosotros cayese en semejante error, le «opondríamos al momento la sana doctrina, á fin de que pudiese «volver en sí, ó de que hubiese derecho para apartarse de él ¹.»

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por la santidad y valor que inspirásteis á nuestros padres; hacednos la gracia de que imitemos su vigilancia sobre sí mismos, y su constancia en las penas de la vida.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *quero huir con horror de las reuniones del mundo.*

¹ *Cont. Faust.* lib. XX, c. 21.

LECCION X.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLO I, CONTINUACION).

Principio de la gran lucha entre el Gentilismo y el Cristianismo.— Diez grandes persecuciones.—La primera en tiempo de Neron; retrato de este Príncipe; detalles de la persecucion.—Juicio de Dios sobre Neron.—Juicio de Dios sobre Jerusalem; ruina de la ciudad y del templo.—Segunda persecucion en tiempo de Domiciano; retrato de este Príncipe; san Juan es arrojado á una caldera de aceite hirviendo.—Juicio de Dios sobre Domiciano.

Hasta aquí hemos seguido á nuestra madre la Iglesia naciente por la fama de sus virtudes; desde ahora la seguiremos durante tres siglos por sus sangrientas huellas y á la luz de las hogueras que se encienden contra ella. Ciñe tu cinturón, tierna Esposa del Hombre-Dios, pues ha llegado el momento del combate; diez veces se levantará contra tí el mundo entero para aniquilar hasta la memoria de tu nombre ¹.

En efecto, diez fueron las grandes persecuciones, es decir, las mandadas por los emperadores romanos, cuyo terrible poder se extendia sobre la mayor parte del mundo entonces conocido; las particulares, en número muy crecido, se llaman así, porque se limitaron á algunos reinos; tales fueron entre otras la de los emperadores Licinio y Valente; las de Sapor rey de Persia que duraron cuarenta años; las de los godos y de los vándalos en África y en otras partes.

Salgamos de las catacumbas, donde hemos admirado á las futuras víctimas, y entremos en la Roma gentil, dirigiendo nuestros pasos hácia el palacio imperial, para contemplar de cerca al primer

¹ Con el P. Ruinart contamos diez persecuciones generales, es decir, ordenadas ó autorizadas por los emperadores romanos señores del mundo. No significa esto que todas se hiciesen extensivas á todas las provincias del imperio, pues hubo algunas que se circunscribieron á algunos países. El P. Mamachi cuenta doce, porque incluye entre las grandes persecuciones la de los judíos en tiempo de Barcochebas y la de Licinio.

verdugo de los cristianos. Sin duda alguna debe ser el más malvado de los hombres; para probarlo basta pronunciar su nombre; se llama Neron, y hé aquí su retrato:

Neron nació en el año 35 de Jesucristo, y adoptado por el emperador Claudio, le sucedió en el año 54. Desde su más tierna edad vieron germinar en su corazón todos los vicios que han hecho de él el horror del género humano. Empezó envenenando á Británico hijo de Claudio; y como un crimen conduce á otro crimen, Neron, entregado á la corrupción de su alma, no tardó en saltar las vallas que los más atroces criminales respetan en medio de sus excesos: pasaba las noches en las calles, en las tabernas ó en lugares de libérrimo juego seguido de una desenfrenada juventud con cuyo auxilio apaleaba, robaba y mataba, y para romper el último dique que se le oponía, resolvió la muerte de su madre Agripina; primeramente trató de ahogarla, mas como su tentativa no produjo el resultado que esperaba, mandó darle de puñaladas, atrocidad que el Senado aprobó. Neron, que contaba con tantos esclavos como súbditos, solo tomó consejo del extravío de su insensata imaginación, y se hizo comediante, viéndose entonces á un emperador representando públicamente en un teatro como un actor cualquiera; y cuando debía cantar en público, ponía soldados de trecho en trecho para castigar á los que no se manifestasen sensibles á los encantos de su voz.

La crueldad corrió en él, como en todos los malvados, parejas con la lujuria; su esposa Octavia, y sus preceptores Burrho y Séneca, fueron sacrificados á su furor, cuyos asesinatos fueron seguidos de tantos otros, que se le consideró como un monstruo sediento de sangre.

Cierto día que oyó á alguno usar la frase proverbial: «¡Después de mi muerte, arda el mundo!» replicó: «¡Que arda, para que yo lo vea!» Y entonces fué cuando después de un festín tan extravagante como abominable, mandó pegar fuego á los cuatro ángulos de Roma, para formarse una idea del incendio de Troya. El incendio duró ocho días, y de los catorce cuarteles de la ciudad quedaron ocho reducidos á cenizas; triste espectáculo que fué para él una fiesta, y á fin de gozar mejor de sus encantos, subió á una elevada torre, donde empezó á declamar, en traje de actor, un poema que había compuesto sobre la destrucción de Troya¹. Á pesar de que el pue-

¹ Esto sucedió en el año 64 de Jesucristo.

blo entero le acusó de ser el autor del incendio¹, Neron hizo recaer la culpa sobre los cristianos, cosa que nadie creyó, dice Tácito², lo cual no fué obstáculo para que los gentiles, impulsados por su odio al Cristianismo, viesan castigar con gusto á los que lo profesaban; por su parte Neron no obraba movido únicamente por el deseo de vengar su reputación, sino que quería también satisfacer el odio que sentía por la virtud y apagar su sed de sangre humana.

En todas partes, pues, procedióse á la prisión de los cristianos, los cuales fueron tratados como víctimas del odio público; á los tormentos añádióse el insulto, y su muerte fué una diversión para el pueblo: unos fueron cubiertos con pieles de animales, á fin de que engañados los perros con tan cruel semejanza los despedazasen vivos; otros fueron envueltos en túnicas de pez y cera³, y luego atados á cruces ó estacas plantadas en las esquinas de las calles, y se les puso fuego para que sirviesen de antorchas durante la noche. Neron quiso que sus jardines fuesen el teatro de tan terrible espectáculo, al que no se ruborizó de asistir, en traje de cómico, y guiando su carro á la luz de tan fúnebres antorchas.

Dios, que premió su victoria, sabe únicamente el incalculable número de mártires que de tal modo murieron; nosotros solo sabemos que aquellas gloriosas víctimas fueron las primicias de la innumerable multitud de mártires que la Iglesia de Roma envió al cielo, precediendo en el camino de la gloria á san Pedro y á san Pablo, que les habían enseñado las verdades de salvación.

Encendido en la capital el fuego de la persecución, propagóse rápidamente á las provincias: publicáronse edictos prohibiendo profesar el Cristianismo, bajo las penas más rigurosas, sin exceptuar la de muerte; la carnicería fué jurídica, y mientras Neron atormentaba en Roma á los cristianos, perseguíanles en las provincias con igual furor, sentenciándoles en toda forma⁴.

Entre las numerosas víctimas, cuyo nombre ha llegado hasta nosotros, cuéntase, además de san Pedro y san Pablo, al glorioso már-

¹ La verdad de esta acusación está confirmada por muchos historiadores enteramente dignos de fe; consúltese á Suenon y á Dion Cassius, y entre los modernos á Tillemont, Crevier, etc.

² *Annal.* V.

³ *Tunica incendialis.*

⁴ *Sulp. Severo, Hist. lib. II; Orosio, Hist. lib. III, c. 5.*

tir san Tropés, el cual fué uno de los primeros oficiales de Neron, y uno de aquellos fervientes cristianos, de quienes dice el apóstol san Pablo en su epístola á los Filipenses: *Todos los santos os saludan, y mayormente los que son de la casa de César.* Despues de ser maltratado á causa de su fe y por orden de Satéllico, el cual mandóle abofetear y azotar, fué lanzado á las fieras; y como no le causaron herida alguna, fué condenado á ser decapitado, y de este modo consumó su martirio ¹.

Lactancio dice expresamente que el verdadero motivo que impulsó á Neron á perseguir á los cristianos fué el interés de sus dioses, que veia abandonados por una multitud siempre en aumento, y que el incendio de Roma no fué mas que un pretexto: «Al saber Neron, dice, que san Pedro habia convertido al Cristianismo á gran número de romanos, y que no solo en Roma, sino en todas las provincias abandonaban las gentes en tropel el culto de los dioses, creyó que no debia perder tiempo, y que podria destruir el celestial imperio del Cristianismo, y arruinar completamente la piedad que lo sostenia. Así pues, Neron fué el primero en perseguir á los discípulos del Salvador; pero no lo hizo impunemente, pues el Señor, al ver la opresion de su pueblo, dejó caer su brazo vengador sobre el tirano ².»

Neron, lo mismo que todos los perseguidores que le sucedieron, debia experimentar que nadie es fuerte contra Dios; el estrépito de su caída, las horribles consecuencias de su fin, servirán de monumento á la posteridad y dirán á los siglos futuros: ¡De este modo perecerá el que ose rebelarse contra el Señor y contra su Cristo! Y si os negais á afirmar el imperio del Cordero dominador obedeciendo sus leyes, lo afirmaréis enseñando á los demás á temerle.

El monstruo coronado continuaba bañándose en la sangre de los cristianos, y arruinando las provincias para saciar á sus esclavos y satisfacer su lujo insensato, cuando del fondo de la España salió un grito de indignacion: Vindex escribió á Galba, gobernador de la Galia Tarraconense, suplicándole tuviese *piiedad del género humano, cuyo azote era su detestable señor.* Galba se hizo proclamar emperador, el imperio todo le reconoce como á tal; y el Senado, la vil hechura de todos los tiranos, declaró á Neron enemigo público, y le

¹ Véase el Martirologio romano, 17 de mayo.

² De *Mortib. persecutor.* lib. II.

condenó á ser precipitado de la roca Tarpeya, despues de haber sido arrastrado desnudo por las calles y azotado hasta la muerte.

Al saber el castigo que le esperaba, dirigióse Neron á casa de uno de sus libertos, y se mantuvo oculto durante la noche en un aguazal cubierto de cañas; despues de entrar en la casa, ofrecieronle un pedazo de pan moreno, que rechazó, bebiendo únicamente un vaso de agua caliente. Advertido de que le buscaban por todas partes, hizo abrir su sepultura, exclamando repetidas veces anegado en llanto: ¡Qué lástima que muera tan excelente músico!... Finalmente, oyendo los pasos de los caballos, púsose un puñal en la garganta, é imploró que se acercase alguno á darle la muerte, si bien nadie quiso prestarle tan peligroso y culpable servicio. ¡Cómo! gritó en su desesperacion, ¿es posible no tenga amigos para defender mi vida, ni enemigos para quitármela? Por último, su secretario empujó el arma homicida, y el mundo quedó libre de un monstruo que no reconoció igual, siendo sus estatuas arrastradas por el fango y su palacio entregado á las llamas. Neron murió en el año 68 de Jesucristo, á la edad de treinta y tres años, y despues de catorce de reinado.

Cualquiera que haya leído la vida de Neron, debe decir con Tertuliano: «Consideramos como un título de gloria para nuestra Religion el que fuese Neron el primero de sus perseguidores, pues basta conocerle para comprender que semejante Principe no pudo condenar sino lo eminentemente bueno ¹.» En breve veremos que los demás emperadores enemigos de los cristianos no fueron mucho mejores.

Si Neron debia servir de monumento á la justicia de Dios, los judíos debian tambien demostrar á todos los pueblos el terrible resultado de alzarse contra Jesucristo; no contentos con haberse manchado con la sangre del Mesias, condenaron á muerte á sus discípulos, y con sus calumnias y violencias fueron los mas ardientes perseguidores de la Iglesia naciente. La medida de sus crímenes se habia colmado, y llegado era el tiempo en que la sangre del Hombre-Dios, de los Profetas y de los Apóstoles cayese sobre la cabeza de aquel pueblo culpable; la entera ruina de Jerusalem, y la dispersion de los judíos por toda la tierra debian, al realizar las predicciones del Salvador, dar una nueva prueba de su divinidad.

Escuchemos, guardando el silencio del terror, la relacion de la

¹ Apol. c. 4.

ruina de Jerusalem. El Señor no quiso abandonar á aquel pueblo endurecido, sin advertirle de lo que le amenazaba; y cuarenta años antes del saqueo de la ciudad deicida, aniversario de la muerte del Salvador, veíanse de continuo en el templo fenómenos extraños: primeramente apareció á las nueve de la noche, y durante media hora, al rededor del altar y del templo una luz tan viva que se hubiera creído la del mediodía; en otra ocasion abrióse por sí misma la puerta del templo que miraba al Oriente, á pesar de ser de bronce y tan pesada que veinte hombres podían apenas empujarla, y de estar cerrada con barras de hierro y sólidos candados que entraban profundamente en el suelo, formado de una sola piedra; otra vez oyóse un espantoso ruido en el santuario, y una voz lígubre repitió: ¡*Salgamos de aquí!* con lo que los santos Angeles protectores del templo declaraban altamente abandonarlo, porque Dios, que por tantos años estableciera en él su residencia, lo habia reprobado.

Cada dia observábanse nuevos prodigios, tanto que un famoso rabino exclamó: ¡Oh templo! ¡oh templo! ¿qué te conmueve? ¿por qué te inspiras miedo á ti mismo?!

Tambien en la ciudad se manifestaban espantosos presagios: un cometa que tenia la forma de una espada apareció en Jerusalem durante un año entero; varias veces viéronse en el aire, y por toda la Palestina, carros llenos de hombres armados atravesar las nubes y derramarse al rededor de las ciudades como para sitiárlas; y cuatro años antes de estallar la guerra en que fué destruida Jerusalem, los judíos tuvieron de ello un terrible augurio que se manifestó á los ojos de todo el pueblo. Josefo, historiador judío, lo refiere del modo siguiente:

«Jesús, hijo de Ananus, simple labrador, vino desde el campo á la fiesta de los Tabernáculos, cuando la ciudad se hallaba todavía en una profunda paz, y de repente gritó: Voces del Oriente, voces del Occidente, voces de los cuatro vientos, ¡desgraciada Jerusalem! ¡desgraciado templo! ¡desgraciado pueblo! y no cesaba de recorrer toda la ciudad, repitiendo continuamente las mismas palabras.

«Los magistrados, que no pudieron permitir se dijese palabras de tan mal agüero, mandáronle prender y castigar rigurosamente; mas á cada golpe que sobre su cuerpo descargaban, repetía con voz

¹ Talmud de Babilonia, en Galat. lib. IV, c. 8, pág. 209.

«plañidera y lamentable: ¡Desgraciada, desgraciada Jerusalem! y al preguntarle Albinio quién y de dónde era y qué causa le hacia hablar de aquel modo, no contestó mas que: ¡Desgraciada! ¡desgraciada! Finalmente soltáronle como á un insensato, pero no cambió de lenguaje; en los dias de fiesta redoblaba sus desaforados gritos, y observóse que á pesar del continuo y violento ejercicio, su voz no se debilitó.

«Así continuó hasta que se empezó la guerra, es decir, por espacio de cuatro años y cinco meses sin interrupcion, sin hablar con nadie, sin injuriar á los que le azotaban, ni dar gracias á los que le daban de comer. Cuando Jerusalem fué sitiada, se quedó en la ciudad, y dando vueltas sin cesar por las murallas, gritaba con todas sus fuerzas: ¡Desgraciada Jerusalem! ¡desgraciado templo! ¡desgraciado pueblo! hasta que al fin añadió: ¡Desgraciado de mí mismo! y en aquel momento una piedra lanzada por una máquina le quitó instantáneamente la vida ¹.»

¿Quién puede desconocer que la venganza divina se habia hecho visible en aquel hombre, que solo vivía para publicar su sentencia? ¿Quién, que Dios le habia dado su fuerza, á fin de que pudiese igualar con sus gritos las desgracias del pueblo, y que le hizo no solo profeta y testigo de aquella, sino tambien su víctima, para hacer mas sensibles y palpables las amenazas del Señor? El profeta de las desgracias de Jerusalem se llamaba *Jesús*, como si este nombre de salvacion y de paz debiese ser de funesto augurio para los judíos, que lo despreciaron en la persona del Salvador, y como si los ingratos que rechazaron á un Jesús que les anunciaba gracias, misericordia y vida, se viesen obligados á recibir á otro Jesús que solo podia vaticinarles irremediables males y el inapelable fallo de su próxima ruina ².

La hora fatal se acercaba; los judíos, agitados por cierto espíritu inquieto y turbulento, rebeláronse contra los romanos, y su rebelion fué la ocasion de su ruina; los mas prudentes de la nacion salieron de Jerusalem, previendo las desgracias que iban á caer sobre la ciudad, ejemplo que imitaron los cristianos, recordando las predicciones del Salvador, retirándose todos á la peque-

¹ Josefo, *De la Guerra de los judios*, lib. V, c. 11 y 12.

² *Historia compendiada de la Iglesia*, pág. 20.